

mentos más esenciales de su civilización, la religión, la lengua, las artes, todavía viven; y desde Marruecos hasta la India más de cien millones de hombres siguen las instituciones del Profeta.

Si varios conquistadores han derribado á los Arabes, ninguno ha pensado en reemplazar la civilización que éstos crearon, sino que por el contrario todos han abrazado su religión, han adoptado sus artes y la mayor parte hablan hoy su lengua. Dondequiera que se haya establecido la ley del Profeta, parece haberlo sido para siempre. Esa ley ha hecho retroceder en la India á ciertas religiones que databan de muchos siglos; esa ley ha convertido en árabe á aquel antiguo Egipto de los Faraones, en el cual tan corta influencia lograron tener Persas, Griegos y Romanos; y aunque los pueblos de Persia, de Egipto y Africa han tenido otros señores que los discípulos de Mahoma, no han reconocido otra ley, desde que éstos les enseñaron la suya.

Maravillosa historia es la de ese alucinado ilustre, cuya voz sometió á aquel pueblo indócil, que ningún conquistador pudiera domar; en nombre del cual fueron derribados los más poderosos imperios, y que desde el fondo de la tumba retiene aún bajo su ley á millones de seres.

La ciencia moderna llama enajenados á esos grandes fundadores de religiones é imperios; y en el concepto de la verdad abstracta tiene razón. Sin embargo, hay que venerarlos; porque encarnan el alma de una época y el genio de una raza, y generaciones en masa de antepasados desaparecidos hablan por sus bocas. Sin duda esos creadores de ideales no engendran más que fantasmas; pero esos terribles fantasmas nos han hecho tales como somos, y sin ellos ninguna civilización habría llegado á nacer. La historia no es otra cosa que la relación de los acontecimientos que el hombre ha llevado á cabo para crear este ó aquel ideal, para adorarlo, ó para destruirlo.

Un pueblo semi-bárbaro formó la civilización árabe, saliendo de los desiertos de Arabia, derribando el poder secular de los Persas, de los Griegos y de los Romanos, fundando un inmenso imperio que se extendió desde la India hasta España, y produciendo esas maravillosas obras cuyos restos nos sorprenden, admiran y asombran.

¿Qué factores dirigieron el nacimiento y desarrollo de esa civilización é imperio? ¿qué causas tuvieron su grandeza y decadencia? Demasiado baladíes son las razones alegadas por los historiadores para sujetarlas á un examen. Así que no cabe someter á mejor prueba un método analítico que aplicarlo á un pueblo tan especial.

El Occidente procede del Oriente, y por consiguiente en este mismo Oriente debe buscarse la clave de los acontecimientos pasados. En esta maravillosa tierra se han manifestado las artes, las lenguas y casi todas las grandes religiones. Y es que los hombres no son aquí lo que en otras partes: las ideas, los pensamientos y sentimientos son diferentes; y como hoy en día las transformaciones se verifican en esta tierra con mucha lentitud, al recorrerla, uno puede examinar toda la cadena de las edades. Por eso lo mismo los artistas que los sabios y los poetas se sentirán siempre movidos á contemplarla. ¡Cuántas veces sentado al pie de una palmera ó del pilón de algún templo me he enajenado en largas divagaciones, llenas de claras visiones de las edades que fueron! Uno se queda ligeramente adormecido; y por entre un fondo luminoso se le aparecen luego ciudades extrañas, cuyas torres almenadas, cuyos palacios fantásticos, y cuyos templos y minaretes centellean bajo un sol dorado, recorridos por caravanas de nómadas, por multitud de asiáticos vestidos de colores brillantes, y por masas de esclavos de piel bronceada, y de mujeres veladas. Muertas están ya hoy en día esas grandes ciudades del pasado; Nínive, Damasco, Jerusalén, Atenas, Granada, Memfis y Tebas la de las cien puertas; los palacios del Asia y los templos de Egipto convertidos están en ruinas; y los dioses de Babilonia, de Siria, de Caldea y de las orillas del Nilo no existen sino en nuestras memorias. Pero ¡qué elocuencia en esas ruinas! ¡qué mundo de ideas en esos recuerdos! ¡cuántos secretos no se pueden pedir á todas esas razas diversas que se suceden desde las columnas de Hércules hasta las fértiles mesetas de la vieja Asia, y desde las verdes playas del mar Egeo hasta los abrasados arenales de Etiopía!

Muchas enseñanzas saca el hombre de esas lejanas comarcas; y no pocas creencias deja en ellas. Su estudio nos demuestra cuán grande es el abismo que á los hombres separa, y hasta qué punto son quiméricas nuestras ideas de civilización, y de fraternidad universal; como también hasta qué punto los principios y verdades que parecían más absolutos cambian al pasar de uno á otro país.

La historia de los Arabes contiene, pues, muchos problemas sin resolver, y más de una lección que recordar. Es este pueblo uno de los que mejor personifican á esas razas de Oriente que tanto se diferencian de las de Occidente. Europa las conoce todavía muy poco; á pesar de que conviene que sepa lo que son, porque se acerca el día en que sus destinos dependerán mucho de los de ellas.

Demasiado grande es hoy el contraste entre Oriente y Occidente para esperar que cada uno

haga aceptar nunca al otro sus ideas y modo de pensar. Nuestras viejas sociedades sufren transformaciones profundas; los rápidos progresos de las ciencias y de la industria han trastornado todas nuestras condiciones físicas y morales de existencia, originando un antagonismo violento en el cuerpo social, un malestar general que nos conduce de continuo á cambiar nuestras instituciones, para remedio de los males que aquellos mismos cambios engendran; y una falta de concordancia entre los sentimientos antiguos y las creencias modernas. Así vive hoy en día el Occidente. Familia, propiedad, religión, moral, creencias, todo cambia ó está á punto de cambiar. El análisis moderno pone en tela de juicio los principios de que hasta ahora viviéramos; y las masas se entusiasman ahora por algunas teorías sencillísimas, formadas particularmente de un total de negaciones radicales; sólo que todavía no entreven sus consecuencias. Nuevas divinidades han sustituido á las antiguas; y aunque la ciencia actual procura defenderlas, ¿quién sería capaz de afirmar que mañana continuará haciéndolo?

Diferente del todo es el espectáculo que el Oriente nos ofrece. En lugar de nuestras divisiones y de nuestra vida febril, vemos un cuadro de tranquilidad y descanso. Esos pueblos que componen por su número la parte más importante del género humano, han caído desde há mucho tiempo en aquella resignación tranquila que al menos es la imagen de la felicidad. Esas antiguas sociedades tienen una solidez que las nuestras han perdido; y las creencias que ya nosotros no guardamos, ellas aun las poseen; la familia, que entre nosotros tiende á separarse tanto, continúa allí con su estabilidad secular; y los principios que entre nosotros han perdido toda influencia, predominan como antes en aquellos puntos. Religión, familia, instituciones, autoridad de la tradición y de la costumbre—bases fundamentales de las sociedades antiguas, tan profundamente minadas en Occidente,—guardan todo su prestigio en Oriente, cuyos pueblos no tienen que pensar en el terrible problema de cambiarlos.

II

En otro libro nos hemos extendido suficientemente respecto á los métodos de investigación que nos parece debe aplicarse al estudio de los fenómenos históricos, y bastará ahora recordar los más esenciales.

La noción de causa, que prevalece actualmente en el estudio de los fenómenos científicos, prevalece también en el de los históricos, siendo aplicables á éstos los métodos de investigación usados para aquéllos.

Debe estudiarse un fenómeno social del mismo modo que se estudia cualquier fenómeno físico ó químico; pues sometido se halla á determinadas leyes, ó si se prefiere, á determinadas jerarquías de necesidades. Si el hombre se agita es porque ciertas fuerzas superiores le impulsan, llámeselas Naturaleza, Providencia, Destino ó Fatalidad: el nombre nada importa. Desde que nacemos hasta que morimos formamos parte de un encadenamiento de fuerzas benéficas ó perjudiciales, pero que siempre son irresistibles; y tenemos el deber de hacer todo lo humanamente posible á fin de llegar á conocer algunos caracteres de sus manifestaciones.

Cabe considerar la historia de la humanidad como una inmensa trama cuyas partes se hallan trabadas unas con otras, y cuyas primeras mallas datan de los tiempos más antiguos de nuestro planeta. Todo fenómeno histórico es invariablemente el resultado de una larga serie de fenómenos anteriores; y lo presente es hijo de lo pasado, y lleva en su seno el germen de lo futuro. Una inteligencia suficiente podría leer en los sucesos actuales la infinita sucesión de las cosas.

Bien es verdad que semejante inteligencia no aparecerá jamás; pues hasta en el caso de conocer todos los factores que han engendrado el presente, y las fuerzas respectivas de cada uno, nos sería absolutamente imposible someterlos al análisis. Si es superior al poder de la Astronomía determinar por cálculos la dirección que tomaría un cuerpo sometido tan sólo á la acción de otros tres, ¿cómo podría resolverse el problema, si se tratase de millares de cuerpos?

Todas las llamadas leyes que se cree puede sacarse del estudio de la historia no son otra cosa que la comprobación empírica de ciertos hechos, los cuales pueden compararse con las observaciones también empíricas de los estadísticos. Dado un millón de individuos de conocida edad, el estadístico puede vaticinar con certidumbre cuántos morirán en época determinada, y cuántos en otra; cuántos crímenes se cometerán, y qué clase de crímenes han de ser; pues la experiencia del pasado facilita esas predicciones. Pero sería del todo imposible remontar hasta las causas de los hechos observados, por ser demasiado numerosos los factores determinantes.

La imposibilidad de subir mucho en la escala de las causas que producen un fenómeno social, ha inspirado cierto desdén por las ciencias históricas á los sabios que han tratado de profundizarlas. Un escritor eminente como Mr. Renán las califica de «pequeñas ciencias conjeturales que se deshilvanan de continuo después de haberse hilvanado, y de las cuales nadie se

ocupará ya dentro de cien años. Empieza ahora á despuntar una edad, prosigue, en la cual el hombre no tendrá mucho interés por su pasado, lo cual me hace temer que los trabajos de precisión que hacemos en la Academia de inscripciones y buenas letras, con objeto de dar cierta exactitud á la historia, se han de podrir antes de ser leídos.»

El mismo autor considera que el porvenir pertenecerá á las ciencias físicas y naturales, las cuales nos darán «el secreto del ser, del mundo, de Dios, llámesele como quiera.»

Sin duda cada cual es libre de creerlo así; pero hasta ahora nada ha venido á justificar tales esperanzas. Las ciencias más positivas no nos han descubierto todavía cosa alguna de la razón primera de un solo fenómeno; y tan sólo la sencillez de las relaciones que van descubriendo es lo que les da su fuerza aparente; pues así que entran en los fenómenos algo complejos, se pierden en conjeturas. Las ciencias modernas empiezan tan sólo á balbucear una respuesta á las preguntas que cada día les dirige el hombre. Desde la cuna hasta el sepulcro la naturaleza ha sembrado nuestro camino de problemas insolubles, pues jamás satisface la curiosidad que despierta en nuestro corazón. La ciencia más bien evoca ideas, que resuelve problemas; de modo que nuestro globo se habrá probablemente unido en el espacio á los viejos mundos ya enfriados, antes que la esfinge eterna haya contestado á una sola pregunta.

No nos hagamos ilusiones, pues, acerca del alcance de las ciencias, ni les pidamos lo que darnos no pueden. Nos enseñarán á descifrar un hombre, un animal, una sociedad, una planta; nos enseñarán á reconstituir el cuadro fiel de una época; á determinar el encadenamiento de los principales sucesos históricos; pero no se puede exigir más del historiador.

Por otra parte la empresa es bastante pesada para que requiera todas sus fuerzas; pues si cuesta mucho reunir los materiales que nos ayudan á reconstituir una civilización, mucho más cuesta aun servirse de ellos.

No hay que buscar esos materiales en las genealogías de soberanos, ni en las relaciones de batallas y conquistas, por más que compongan el fondo de la historia clásica; sino que han de buscarse particularmente en el estudio de las lenguas, de las artes, de las letras, de las creencias é instituciones políticas ó sociales de cada época. No se considere á esos diferentes elementos de una civilización como producto del capricho humano, de la casualidad ó de la voluntad de los dioses, sino como la expresión de las necesidades, ideas y sentimientos de las razas en las cuales se manifestaron. Toda reli-

gión, toda filosofía, todo arte, toda literatura implican determinados modos de sentir y pensar, excluyendo á otros; y si interpretamos de una manera conveniente los actos y producciones de los hombres, nos revelarán sus pensamientos.

Y revelándonos sus pensamientos, nos permitirán reconstruir la imagen de una época, aunque esté cuadro no puede bastarnos, porque debe añadirsele la explicación de cómo llegó á formarse. El pueblo que se estudia en un momento dado no se formó de un golpe, sino que es la resultante de un largo pasado, y de las muchas influencias del círculo donde estuvo siempre encerrado. Por esto debe buscarse en el pasado de una raza la explicación de su situación actual.

Cabría dar el nombre de embriología social á ese estudio de la formación de los diversos elementos que componen una sociedad; pues así como está destinado á ser la base más sólida de la historia, del mismo modo la embriología de los seres vivientes ha llegado ya á ser la base más segura de las ciencias biológicas.

Tanto los seres vivientes como las sociedades han de pasar siempre por una lenta sucesión de formas inferiores para entrar en las fases de las evoluciones superiores. Sólo que la historia no siempre nos revela aquellas formas desvanecidas, pues gran número de puntos de la serie se han perdido ya actualmente. Sin embargo, la observación nos permite aun reconstruir los términos esenciales. Lo mismo que los seres vivientes, no todas las sociedades han pasado por los mismos períodos de desarrollo; habiendo muchas que no han salido de esos límites intermedios que el Occidente ha llegado á traspasar, y que representan la imagen inmóvilizada del pasado. Cada cual puede ver, recorriendo el globo, —pues sólo así puede verse,—los principales períodos de la historia de la humanidad desde las primitivas épocas de la piedra tallada hasta los tiempos actuales; y así se llega á reconstruir todo el pasado de un pueblo, y la evolución de los elementos de que su civilización se compone.

Gran número de sus elementos, como monumentos, literatura, lenguas, instituciones, creencias, etc., etc., pueden servir para reconstruir la historia de una civilización y de su formación; y aunque raras veces llegamos á poseerlos todos, basta disponer de algunos para descubrir los demás. Los mismos métodos que sirven para reconstruir un animal, mediante algunos fragmentos de su esqueleto, son aplicables á la historia, por implicar la aparición de ciertos caracteres la existencia de algunos otros.

Sin embargo, á veces estos materiales de reconstrucción dejan mucho que desear, á causa

de faltarles precisión. Pero los que la ciencia moderna legará al porvenir serán más exactos; y cabe prever que los historiadores de las edades futuras producirán libros muy diferentes de los nuestros. En las historias de la civilización que se publicarán en el siglo xx el texto quedará reducido sin duda al título de la obra, reemplazándole colecciones de fotografías y mapas y unas curvas gráficas, en representación de las variaciones numéricas de todos los fenómenos sociales. Toda magnitud, ya sea de fuerza, ya de peso, duración, etc., etc., puede expresarse siempre con una cifra ó una línea. Por complejo que se suponga á un fenómeno psicológico ó social, puede igualmente considerarse como un valor susceptible de expresarlo numéricamente. Descompóngasele en sus elementos esenciales, y se hallará su medida. A pesar de ser la estadística aquella de las ciencias en formación que todavía está más atrasada, con todo lo que ya produce nos lleva á conjeturar lo que un día podrá enseñarnos. La producción y el consumo de un país, su riqueza, sus necesidades, la aptitud física y moral de la raza que la habita, las variaciones de sus sentimientos y creencias y la influencia de los diversos factores que pueden influir en ella, nos las revelan claramente las cifras que los estadísticos acopian hoy en día.

Mientras llega la época futura en que las disertaciones históricas quedarán reemplazadas por fotografías, mapas y curvas geométricas, en representación del estado de todos los fenómenos sociales y sus cambios; es necesario elegir los más precisos documentos entre los que nos dejó el pasado. Con todos los elementos que hemos enumerado se dispone de los materiales necesarios para trazar un cuadro de conjunto de las civilizaciones pasadas, como también de la historia de su formación. No cabe empero servirse de esos materiales sin ir á estudiar en los mismos países los restos que nos quedan de aquellas civilizaciones; atendido que sólo la vista de las cosas puede darnos clara noción de un pasado que ninguna obra podría ofrecernos; y que ya se trate de ciencias naturales, ya de sociales no es posible aprenderlas en los libros.

Con más razón ha de procederse así respecto de un pueblo de tanta importancia como el árabe; pues como existen tantos vestigios suyos en los países donde su civilización floreció, el estudio de las influencias es todavía más indispensable. Por otra parte sólo los viajes pueden sustraernos al yugo de opiniones arbitrarias: pesada herencia de las tradiciones y de las preocupaciones del pasado.

Hallará el lector en esta obra la aplicación de los principios que acabo de presentar sucin-

tamente; los cuales nos han conducido á separarnos completamente de las opiniones clásicas en la mayor parte de cuestiones que se refieren á los Orientales, como la religión de Mahoma, la poligamia, la esclavitud, las cruzadas, las instituciones y artes, la influencia de los Arabes en Europa y muchas otras.

III

Los restos que nos quedan de la civilización de los Arabes nos permiten reconstituir fácilmente sus partes esenciales, por ser bastante numerosos; y nosotros hemos utilizado la mayor parte de ellos, como obras científicas, literarias, artísticas é industriales, instituciones y creencias.

Entre los elementos de que con más frecuencia nos hemos servido procede designar particularmente las obras plásticas, las cuales bajo su forma tangible hablan claramente al alma, y son la expresión fiel de las necesidades, de los sentimientos y tiempos que las han producido. En ellas se refleja del modo más claro la influencia de la raza y del centro que la ha rodeado. En las obras de una época se puede leer toda esta época, sean cuales fueren aquellas obras. Una caverna de la Edad de piedra, un templo egipcio, una mezquita, una catedral, una estación de camino de hierro, el retrete de una mujer á la moda, un hacha de sílex, una espada de dos manos ó un cañón de cincuenta toneladas nos revelan muchas más cosas que una pirámide de disertaciones.

No hay otro medio de describir las obras plásticas de un pueblo que presentarlas; y las fotografías del Partenón, de la Alhambra y de la Venus de Milo nos parecen preferibles á la colección completa de los libros que todos los autores del mundo han llegado á escribir sobre esas cosas.

Penetrados de la importancia que tales documentos tienen para evocar en la inteligencia la fiel imagen de los tiempos que uno quiere resucitar, hemos procurado aumentar considerablemente sus reproducciones.

Cuando se trata de definir formas ninguna lengua tiene palabras capaces de hacerlo; y sobre todo cuando se habla de Oriente, las figuras son necesarias, pues sólo por los ojos puede conocerse esos paisajes, esos monumentos, esas obras de arte y razas diversas que lo animan. El estilo más brillante no dará jamás una impresión comparable á la que produce la vista de las cosas, y en defecto de éstas, una imagen de ellas.

Pero esos monumentos, esas obras de arte, esos paisajes, esos tipos de raza, esas escenas de la vida íntima buscarse deben en regiones

muy lejanas; y si se quiere verlos fielmente reproducidos, sólo puede obtenerse por medio de la fotografía. De ella nos hemos servido con tal objeto. El artista más hábil, trabajando un día tras otro, y añadiendo días á días, no llegaría á producir las perfecciones que aquélla realiza en algunos segundos.

Sólo la fotografía instantánea es capaz de reproducir fielmente los objetos en acción, como una calle animada, un mercado, un caballo galopando, un acompañamiento nupcial y los demás asuntos análogos.

Nuestros lectores podrán juzgar de la importancia de los resultados que nos ha dado, pues cada una de las fotografías que este libro contiene es un documento fiel; y propiedad tienen los documentos fieles de no envejecer nunca.

Puedo hablar á mis anchas de estas fotografías, una vez que el sol es el único autor de ellas. El sabio que desdeña las escenas pintorescas que esta obra contiene, sírvase reflexionar un momento, preguntándose si no preferiría á las montañas de libros que sobre los Griegos y Romanos poseemos, una colección de fotografías instantáneas donde figurasen con sus movimientos todas las escenas de su existencia. ¡Cuántas cosas no nos enseñarían esas fotografías, y cuán mínimo no sería entonces comparativamente lo que ahora los libros nos revelan!

En todo lo que se refiere á la reproducción fiel de los monumentos, ó de los seres, el dibujo ya es tan inútil, que debe ceder el paso á la fotografía; la cual es el único procedimiento que hoy cabe tolerar en los libros de ciencias, de historia ó de viajes; y aunque sin duda es penoso transportar á países lejanos unos aparatos de manejo delicado, ya constituye esto una necesidad de la que los sabios ó viajeros deseosos de inspirar confianza no podrán dispensarse en adelante.

Nunca debe confiarse á otro esta esencial operación; pues aunque lo técnico de la fotografía sea muy sencillo, la elección de objetos que reproducir, y el momento de reproducirlos son mucho menos fáciles. Basta examinar el mismo paisaje, el mismo monumento y la misma persona, fotografiados por diferentes operadores, para comprender cuánto pueden cambiar su aspecto la luz, el punto de vista escogido, la perspectiva y otras particularidades. En efecto, si el objetivo ha sido siempre fiel, la naturaleza ya difiere. El mismo monumento y el mismo paisaje iluminados por un sol de invierno, ó por la intensa luz de un día veranie-

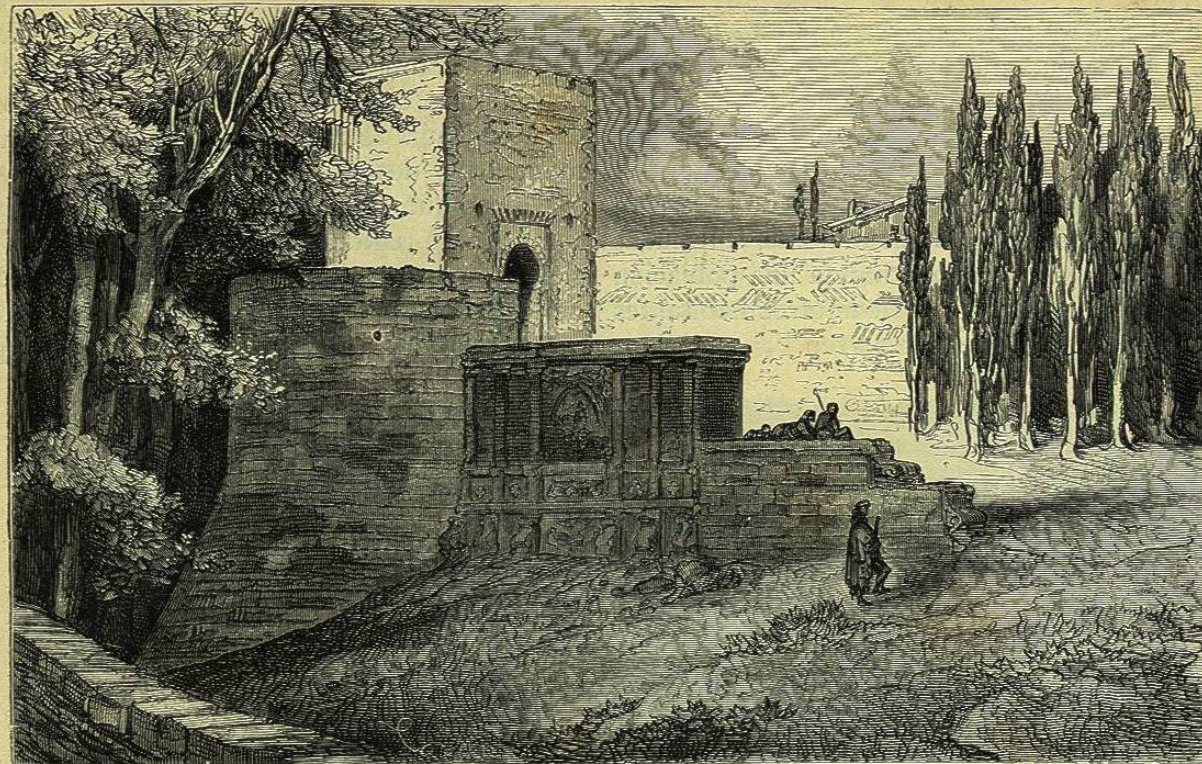
go, no parecen aquel mismo monumento, ni aquel paisaje mismo; y hasta entre la aurora y el ocaso puede transformarse varias veces en un solo día. Condición esencial es mostrarse exacto: pero no lo es menos reproducir los objetos bajo el aspecto que más nos impresionan; lo cual resume todo el arte.

A pesar de ser la fotografía base de esta obra, no por eso hemos rechazado los documentos que ya existían, cuando hemos visto que eran exactos. Así es que hemos reproducido varios dibujos de Coste, Prisse d'Avesnes, Jones, y particularmente de los autores de dos magníficos libros que actualmente se publican en España sobre producciones artísticas y arquitectónicas de la península, en los cuales también la fotografía presta servicios preciosos, una vez que el heliogravado ha trasladado los dibujos.

Terminaremos esta introducción sacando de lo que precede el método que hemos seguido en esta obra, y que seguiremos en las demás que pensamos dedicar á la historia de las civilizaciones.

Como principios generales resaltan: la necesidad de los fenómenos históricos y la estrecha relación de cualquier fenómeno con los que le precedieron; y como materiales de reconstrucción la necesidad de documentos tomados únicamente del pueblo que se estudia, y la reproducción de ellos; la descripción física é intelectual de la raza, examen del centro donde ha nacido y de los diversos factores á que se ha visto sometida; análisis de los elementos de la civilización, como instituciones, creencias, obras científicas, literarias, artísticas é industriales, é historia de la formación de cada uno de ellos. Si el cuadro de conjunto formado con estos materiales, da al lector una clara imagen de los tiempos que se quiere resucitar, habremos alcanzado el objeto que nos proponíamos (1).

(1) Tengo un deber especial de terminar este prólogo dando las gracias á las personas de cuyo concurso me he servido durante la redacción del libro, ó en mis últimos viajes. Entre otras mencionaré al señor Schefer, del Instituto (Academia), y director de la Escuela de lenguas orientales; P. Simoes, catedrático de la universidad de Coimbra; al Dr. Souza Viterbo, de Lisboa; Ch. Relvas, artista, de Gollégan, en Portugal; A. Daluin, ministro de la corte del emperador de Marruecos; Malpertuy, cónsul del consulado de Francia en Jerusalén; Dr. Suquet y conde de Podhorki, en Beirut; Schilumberger, director del Banco imperial de Damasco; Lavoix y Thierry, administradores de la Biblioteca nacional de París, y Huyot y Petit, grabadores. Cúmpleme por fin mencionar al señor Fermín Didot, en el cual he tenido la rara fortuna de hallar á un editor que no se ha amedrentado de publicar esta obra, á pesar de los grandes gastos que necesitaba: sus consejos amistosos y sus conocimientos artísticos también me han servido mucho.



Puerta Judiciaria en la Alhambra

LA CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES

LIBRO PRIMERO

EL CENTRO DE LA RAZA

CAPITULO PRIMERO

LA ARABIA

I

GEOGRAFÍA DE LA ARABIA

La Arabia ha sido la cuna del islamismo y el primer foco del inmenso imperio formado por los sucesores de Mahoma.

Es esta comarca una vasta península cubierta en parte de desiertos y bañada por tres mares: el mar Rojo al Occidente, el mar de Omán y el golfo Pérsico al Oriente, y el mar de las Indias al Mediodía; y por sus extremidades occidental y oriental esta península linda con Africa y Asia.

Por tres lados, á saber, al Oeste, al Este y Sud, forman los límites de la Arabia los mares que acabamos de nombrar. Pero al Norte sus fronteras están mal definidas, pues se dilatan formando una especie de línea que partiese de Gaza, ciudad de Palestina, situada á orillas del

Mediterráneo, hasta el Sud del mar Muerto; y que del mar Muerto fuese hasta Damasco, rematando de Damasco en el Éufrates hasta la parte de este río que toca al golfo Pérsico.

Medida en su mayor longitud, el eje mayor de la Península tiene cerca de 23 grados, ó sean 2,500 kilómetros; y entre el mar Rojo y el golfo Pérsico su latitud alcanza unos 1,000 kilómetros.

La superficie total de la Arabia pasa de tres millones de kilómetros cuadrados, ó sea una capacidad seis veces superior á la de Francia.

La cifra actual de su población es incierta; pues aunque años atrás la evaluaban á diez millones, trabajos más recientes indican que no llega más que á unos cinco. La quinta parte al menos de esta población vive nómadamente.

Considerada por su configuración, la Arabia viene á ser una especie de vasta meseta, pare-